

DE LA HISTORIA SEGUN VITALE

Eduardo Valenzuela.



Luis Vitale ha completado, hace algún tiempo, su "Interpretación Marxista de la Historia de Chile", con la publicación de un volumen llamado, "De semicolonias inglesa a semicolonias norteamericana", que abarca el período 1891-1970 (1). Con Vitale parece cerrarse el ciclo de la historiografía marxista tradicional, que normalmente ha expresado el punto de vista de los partidos, y cuya característica común ha sido la transposición del paradigma marxista clásico en el análisis de la evolución histórica de nuestro país. Para entender esta historiografía, mucho antes que leer los comentarios históricos, es preciso desentrañar el tipo de matriz teórica que se utiliza, y más comúnmente, la intención política que se quiere demostrar.

En Vitale, como en buena parte de la historiografía marxista tradicional (especialmente de origen socialista) esta matriz se reduce a dos cuestiones centrales: la teoría marxista del desarrollo capitalista y la teoría de la revolución proletaria. La primera cuestión consiste en demostrar el carácter y extensión que ha adquirido el desarrollo del capitalismo que constituye, como se sabe, el fundamento para demostrar la posibilidad y necesidad de la revolución socialista. La extensión y generalización de relaciones de producción capitalistas crean al proletariado cuyas virtualidades revolucionarias se abren paso en el marco de una agudización creciente de la lucha de clases y polarización de los conflictos sociales.

Vitale ha sido quien más claramente ha insistido en el desarrollo temprano del capitalismo en nuestro país y en la generalización del mismo (incluso en el campo) desde comienzos de siglo. No nos detendremos mayormente en este asunto. En efecto, el desarrollo capitalista (especialmente en el marco de economías dependientes) produce una agudización creciente de la lucha de clases y una polarización social que se expresa en la marcha ascendente e ininterrumpida del proletariado hacia el socialismo (el llamado "ascenso de las luchas obreras"), al mismo tiempo, que en la desintegración de las clases intermedias (la llamada proletarianización de las clases medias). Ambos procesos, constitutivos de la teoría de la revolución proletaria de Marx, desembocan fatalmente en una situación revolucionaria, que correctamente dirigida por las vanguardias, devienen en conquista del poder e instauración del socialismo.

Vitale cae de lleno en la tentación economicista que está virtualmente presente en este esquema que consiste en deducir de la expansión y crisis del capitalismo, la naturaleza intrínsecamente revolucionaria del proletariado, tanto como la inevitabilidad de la revolución socialista. En efecto, desde la constitución del movimiento obrero a comienzos de siglo, el espíritu revolucionario del proletariado vendría desplegándose persistentemente. Pese a los retrocesos y accidentes históricos la lucha obrera siempre se recupera en un estadio superior y desemboca en una situación prerrevolucionaria. Estas situaciones se han resuelto, normalmente, a través de la represión de las clases dominantes, y en algunas ocasiones, por la incapacidad de las vanguardias revolucionarias para entregarles un curso correcto. El movimiento salitrero de los primeros años del siglo fue paralizado luego de la masacre de Santa María de Iquique; el ciclo de luchas populares de los años veinte fue interrumpido por la intervención militar; el ascenso de las luchas obreras que dieron origen al Frente Popular fue traicionado por el colaboracionismo de la izquierda de la época, mientras que los movimientos radicales de los años cincuenta se frustraron otra vez por la componenda política. El esquematismo de esta versión puede ilustrarse con el último caso:

"1955 -dice Vitale- fue el año de mayor potencialidad de la CUT y, al mismo tiempo, el año de su momentánea declinación. El éxito del paro del 7 de julio abrió las compuertas para iniciar un proceso revolucionario que culmina se en la toma del poder por los trabajadores... La inestabilidad del gobierno, la descomposición general de las instituciones burguesas, los roces profundos entre sectores de la clase gobernante y una relación de fuerzas favorables al proletariado eran los factores esenciales del período, que calificamos como prerrevolucionario. Sin embargo, los partidos obreros mayoritarios, junto a los partidos radical-falangista en la CUT, frustraron una vez más las esperanzas de los trabajadores. Con la suspensión del paro del 5 de septiembre -mediante una firma bruja de Chacón Corona-Teitelboin con el intermediario del gobierno Cuevas Mackenna- se dejó abandonados a los trabajadores de la salud. Así comenzó la desconfianza de los trabajadores en la CUT" (2).

Como es obvio en Vitale el carácter revolucionario del proletariado es anterior a las vanguardias (viene dado por la existencia de relaciones de producción capitalistas), e incluso, se preestablece a la acción real del movimiento obrero. El movimiento obrero resulta evidentemente una ficción ideológica. Vitale, como la mayor parte de nuestros historiadores marxistas, recupera lo que habitualmente se ha llamado la tradición del radicalismo obrero que generaliza hacia el conjunto del proletariado. Esta tradición reconoce, a nuestro entender, principalmente tres etapas: en primer lugar, el radicalismo utópico del movimiento obrero de los orígenes, especialmente del anarcosindicalismo; en segundo lugar, el insurreccionalismo comunista de los años veinte y treinta, y por último, el radicalismo popular, vinculado a algunos sectores del proletariado y, especialmente, a las masas marginales de las ciudades, encabezado por Clotario Blest en los cincuenta y por socialistas de distinto género en los años sesenta (3).

Esta tradición de radicalismo obrero, no obstante, no es uniforme ni constituye toda la tradición del proletariado chileno. Resumiendo puede establecerse las siguientes distinciones: 1) El radicalismo utópico de los anarquistas de comienzos de siglo expresó, antes que nada, una forma de lucha reactiva contra el capitalismo y sucumbió precisamente con el avance de la indus-



trialización en los treinta. El anarcosindicalismo y el radicalismo salitre-ro fueron formas de lucha obrera que se constituyeron fuera del Estado y adhi  
rieron, por lo mismo, a un utopismo revolucionario que posteriormente desapa  
rece junto con la extensión del proletariado industrial moderno; 2) El insu-  
rreccionalismo comunista (que retoma precisamente la tradición obrera radical  
del proletariado minero) se abrió paso en el marco de una gran indiferencia o  
brera durante los años veinte, cuyos principales gremios enfilaron hacia el  
sindicalismo legal y aceptaron las garantías preescritas en el Código del Tra-  
bajo, para agruparse posteriormente en la CTCH en 1936 con un programa mode-  
rado de reformas democráticas; 3) El período del Frente Popular impulsa la  
constitución de un proletariado industrial que se mantiene leal a los gobier-  
nos frentistas, no sólo por las políticas de apaciguamiento social promovidas  
por la izquierda, sino también porque dichos gobiernos ofrecen garantías fun-  
damentales al movimiento sindical de la época; 4) El estancamiento del proce-  
so de industrialización en los años cincuenta provoca efectivamente un ascen-  
so de las luchas populares que se expresa sustantivamente en el programa so-  
cialista de la CUT en 1953. No obstante el radicalismo popular se desplaza  
crecientemente hacia las masas no organizadas sindicalmente que constituyen  
la base principal del liderazgo no proletario de Clotario Blest; 5) En los  
años sesenta el radicalismo continúa desplazándose hacia los grupos margina-  
les, mientras se constituye un proletariado moderno (vinculado a la industria  
pesada) que adopta aspiraciones y conductas políticas moderadas.

Estas distinciones sirven para ilustrar dos cosas principalmente: en  
primer lugar, en el desarrollo de nuestro movimiento obrero se entrecruzan  
una tradición radical (que se desplaza crecientemente hacia los movimientos  
no proletarios), y una tradición reformista o moderada (que corresponde habi-  
tualmente a los sectores modernos del proletariado en cada época); en segun-  
do lugar, que esta tradición radical no tiene una historia uniforme y lineal  
sino que sigue una trayectoria particular y distinta según sea el período  
que se estudie.

El mito de la marcha ascendente e ininterrumpida del proletariado re-  
volucionario se desploma rápidamente. Desde el punto de vista del análisis  
histórico, este mito trae normalmente conclusiones deprimentes. La principal  
de ellas es que el proletariado, a fin de cuentas, no produce historia real.  
En efecto, sus virtualidades revolucionarias han sido establecidas teórica-  
mente y su acción se reduce a una serie, más o menos heroica, de fracasos  
y derrotas, que se exorcizan a través de un presupuesto también teórico: la  
marcha virtualmente inevitable de las sociedades hacia el socialismo. Entre  
ambos presupuestos teóricos se desenvuelve la lucha real de los trabajadores  
que se presenta como históricamente inconsistente mientras no produzca el so-  
cialismo. Cada período o fase de la lucha de clases se resuelve en favor de  
la burguesía, mientras el proletariado permanece en su condición original  
abstracta e insustancial. El maniqueísmo histórico se apodera evidentemente  
del análisis: la verdadera historia del proletariado comienza cuando termina  
la de la burguesía. Todos sabemos, sin embargo, que el movimiento obrero ha  
sido clave en la constitución de la sociedad chilena: difícilmente los proce-  
sos de democratización que ocurrieron en los últimos cincuenta años puedan  
explicarse sin su concurso.

El mito del proletariado revolucionario ha presidido prácticamente to-  
da nuestra historiografía marxista tradicional. Por otro lado, constituye una

de las certezas ideológicas más profundas en nuestra izquierda. Probablemente, el propósito historiográfico no sea, a fin de cuentas, sino constituir este mito, a la manera como la historiografía tradicional constituye el mito conservador de la nación a partir de la historia epopéyica de los militares. No obstante, la historia prometeica del proletariado merece revisarse, en beneficio de un análisis más prudente y cuidadoso.

## LA CUESTION DE LAS CLASES MEDIAS

El mito del proletariado revolucionario se presenta habitualmente junto con la tesis acerca de la inconsistencia histórica de las clases intermedias de la sociedad. Vitale continúa claramente con esta tradición. Las clases medias, teniendo en cuenta su particular posición estructural en la división del trabajo capitalista, no pueden tener un comportamiento político autónomo y distinto. La transposición de la economía hacia la política se repite esta vez. Las clases medias, por definición, actúan como clases subsidiarias de la burguesía (habitualmente para neutralizar al proletariado) o se radicalizan ausmiendo, en determinadas ocasiones, una posición conforme a los intereses históricos del proletariado. En ambos casos la trayectoria histórica de las clases medias resulta accidental e intrascendente. En Vitale esta caracterización se repite incesantemente. Sobre el gobierno de Arturo Alessandri en 1920 se aclara lo siguiente: "Algunos autores han llegado a sostener que con Alessandri la 'clase media' entró a compartir el poder. A nuestro juicio, se ha confundido irrupción política de las capas medias con participación en el poder. Alessandri se hizo cargo del Estado para gobernar en representación de importantes fracciones de la burguesía. Para ello, manipuló el respaldo de las clases medias emergentes" (4). Luego Vitale retoma los prejuicios clásicos de la historiografía socialista (excluyendo probablemente a Jobet) acerca de la República Socialista de 1932: "La movilización obrera -nos dice- había desbordado los límites fijados por la dirección nacionalista pequeño burguesa, generando una situación revolucionaria... La burguesía y el imperialismo desencadenaron rápidamente el contragolpe. El gobierno de los 'doce días' cayó sin combate porque no se atrevió a entregar las armas que reclamaban los trabajadores" (5). El Frente Popular de 1938, por su parte, es el resultado "de un proceso de ascenso del movimiento obrero y de la radicalización de las capas medias" que finalmente es recuperado por el Partido Radical quien "favoreció el proceso de acumulación capitalista de la emergente burguesía industrial" (6). El populismo ibañista de los años cincuenta se reduce a la búsqueda de una "nueva forma de negociación y de reparto del excedente económico entre la emergente burguesía industrial y las empresas extranjeras" (7) y, evidentemente, el sexenio democristiano no es sino la "readecuación de la estructura capitalista a los nuevos planes del capital monopolístico internacional" acompañada por una Iglesia Católica que "recogió el guante imperialista... y no trepidó en aliarse con la burguesía industrial" (8).

Una vez reducida toda la evolución histórica nacional a los planes de una "emergente burguesía industrial y del imperialismo", todo el resto se clasifica gruesa y confusamente como "populismo". Entre la transparencia de la burguesía y del proletariado se encuentra la confusión, ambigüedad y opacidad de las clases medias, que no logran nunca constituir un comportamiento autónomo. Las clases medias aparecen siempre sobrepasadas por el devenir histórico. Así como el proletariado se sustrae al análisis reemplazándolo por un



mito, las clases medias desaparecen, pues son incapaces por definición, ciertamente teóricamente preestablecida, de crear historia. Lo que queda en pie únicamente es la llamada "emergente burguesía industrial" y, sobre todo, la acción imperialista que justifica finalmente el título del libro de Vitale que caracteriza la trayectoria histórica de Chile como "de semicolonía inglesa a semicolonía norteamericana".

## EL TRAUMA DEL FRENTE POPULAR

Los prejuicios contra las clases medias en la historiografía socialista están respaldados en lo que podría llamarse el "trauma del Frente Popular". El socialismo de los treinta había pretendido ser un instrumento que permitiera la alianza entre la clase obrera y las clases medias en torno a un programa nacional popular. La experiencia del Frente Popular y la crisis socialista de los 40 redefinió esta cuestión, excluyendo a las clases medias, con lo cual se desembocó fatalmente en la tesis del centralismo proletario y en la marxistización definitiva del socialismo en los años sesenta. La interpretación del Frente Popular desde la tesis del centralismo proletario (Jobet, Chelén, Zimmelman, Vitale) adolece habitualmente de algunas omisiones fundamentales: en primer lugar, a menudo se olvida que la perspectiva frentista se construye desde el fracaso del insurreccionalismo comunista de los años 20 y 30 que, efectivamente, no produce ningún resultado importante y amenazó incluso el liderazgo comunista sobre el movimiento obrero; en segundo lugar, se pasa por alto que las tendencias conformistas y radicales de los años cuarenta tampoco logran tener asidero, mientras que la lucha social al terminar la década se retoma precisamente a través de organizaciones y dirigencias no proletarias.

La presunción de que el fracaso del Frente Popular se debe únicamente al colaboracionismo político merece revisarse. Para explicar las características del Frente Popular chileno hay que tomar en cuenta, por lo menos, tres cosas fundamentales: la debilidad del movimiento obrero de la época, toda vez, que el proletariado minero tradicional se desarticula y la industria artesanal daba paso a la formación de un proletariado industrial promovido, precisamente por el propio Frente Popular; la incapacidad de generalizar las luchas campesinas en una perspectiva revolucionaria, toda vez, que el campesinado estaba enmarcado en el inquilinaje y en el régimen de haciendas, y la consistencia e importancia de las clases medias en la organización de la sociedad política.

La centralidad proletaria que reclama la historiografía socialista no pudo constituirse simplemente porque la estructuración de la sociedad en los años treinta no lo permitía. La alianza obrera-campesina de los años veinte había fallado, tanto o más miserablemente, que la alianza entre obreros y clases medias en los cuarenta. No obstante, en la década del cincuenta, la formación de un proletariado industrial junto con la irrupción de las masas populares no organizadas en las ciudades permitirá fundamentar la tesis del centralismo proletario y prescindir políticamente de las clases medias.

La política nacional del socialismo se redefine bajo la forma de una alianza de trabajadores cuyo centro era, evidentemente, el movimiento obrero organizado. La conservadurización de las clases medias en los años cuarenta y el predominio del tradicionalismo agrario en la constitución de nuestra burguesía, favoreció enormemente el desarrollo de las tesis leninistas clásicas

cerca de la autonomía proletaria y la inconsistencia del desarrollo capitalista. Los historiadores socialistas de los años cincuenta se entusiasmaron prontamente: preestablecieron el carácter revolucionario del proletariado, descartaron las posibilidades históricas de las clases medias y proclamaron la debilidad estructural de la clase burguesa. Existieron razones bastante poderosas para la expansión de este tipo de pensamiento. No obstante, resulta imperdonable que se continúe preso en este esquema, toda vez que vemos una trayectoria histórica totalmente diversa: el radicalismo obrero se circunscribe al proletariado tradicional o marginal; las clases medias sorprenden ya a la izquierda de los sesenta con una vitalidad modernizadora que no sospecharon, mientras nuestra burguesía no demora mucho tiempo en desembarazarse del tradicionalismo agrario y recomponer una fortaleza, incluso inédita.



## N O T A S

- (1) Luis Vitale. Interpretación Marxista de la Historia de Chile. De semi-colonia inglesa a semicolonía norteamericana. Editorial Fontamara, 1980.
- (2) Luis Vitale, obra citada, pp. 148-149.
- (3) Ciertamente no es difícil escribir la trayectoria del radicalismo obrero. Los hechos más conocidos y admirados por todos pertenecen precisamente a esta tradición, desde las huelgas de comienzos de siglo hasta los paros nacionales de las últimas décadas. En el movimiento campesino esta tradición prácticamente no existe. Con todo, Vitale trata de descubrirla en el bandidaje rural del siglo pasado y en las pocas luchas sindicales antes de la reforma agraria. La epopeya agraria, en este caso, es ciertamente la masacre de Ranquil en el Alto Bío Bío en 1934.
- (4) Obra Citada p. 84 Aless
- (5) Obra Citada pp.113 R.Soc.
- (6) Obra Citada pp.129-132 FP
- (7) Obra Citada pp. 142-143 IB 52-58
- (8) Obra Citada pp. 169-170

